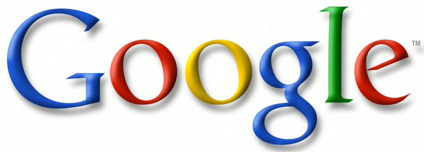


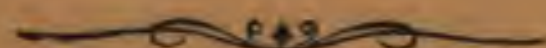
PUBLICACIONES DE LOS «ESTUDIOS MILITARES»

La Trocha militar de Mariel á Majana

POR

D. TEODORO F. CUEVAS

PRIMER TENIENTE DE INFANTERÍA



MADRID
IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA
San Lorenzo, 5, bajo.

1900


STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES

La trocha militar de Mariel á Majana

Ya en nuestro artículo *La Trocha militar de Júcaro á Morón*, publicado en el núm. 3.º de esta REVISTA, correspondiente al 5 de Marzo pasado, hacíamos comprender lo poco aficionados que somos al establecimiento de estas líneas militares, por entender que en general, no sólo no producen el resultado que se persigue al establecerlas, sino que la diseminación de fuerzas, que es su consecuencia obligada, ofrece como su única y bien pequeña ventaja una deficiente vigilancia del frente y retaguardia que, por otra parte, puede conseguirse por medios mucho más sencillos y económicos, y que no da de sí más que noticias vagas y poco precisas del número de fuerzas enemigas, de su composición y dirección, y aun esas mismas noticias, cuando el enemigo está encima, esto es, cuando son, si no inútiles, poco menos, puesto que ya es difícil acumular en el punto amenazado, que muy bien puede ser fingido, la cantidad de elementos necesarios para rechazar un ataque que, á no ser simulado, tiene tiempo de preparar el enemigo contra uno de los puntos débiles (que todos más ó menos lo son); sin que los defensores puedan traer al sitio del peligro con la necesaria rapidez gran número de combatientes, ni los necesarios auxilios de toda clase, por temor á la estratagema vulgar, aunque de probables resultados, del ataque que se simula en un punto para dar el verdadero en otro, que puede ser bien conocido, merced al espionaje, fácil de hacer en una larga línea.

Dos *trochas* principales se establecieron en la isla de Cuba durante la anterior campaña: la de Júcaro á Morón entre las

provincias de Santa Clara y Puerto-Príncipe y la de Mariel á Majana entre las de la Habana y Pinar del Río.

La clase especial de guerra permitía el establecimiento de las trochas, así como también permitía que dieran, si no el resultado apetecido, por lo menos un mediano resultado, pues aunque no evitaban en absoluto el paso, por lo menos dificultaban el de *comisiones*, correos y pequeñas partidas á que tan aficionados eran los cubanos, que está comprobado atravesaban con frecuencia de vanguardia á retaguardia y viceversa, sirviendo de correos entre unas y otras partidas, prefecturas, etc., sin que se apercibieran el gran número de fuertes y centinelas, avanzadas y escuchas establecidos á lo largo, ni los cañoneros que prestaban constante servicio en el mar á sus extremos.

Difícil hubiera sido oponer una resistencia seria y formal, que hubiera impedido *en absoluto* el paso de las trochas, si en vez de habérnoslas con un enemigo que á su vez gustaba de diseminar sus fuerzas, empleándolas en emboscadas, sorpresas y en molestar de contínuo á nuestras columnas, con frecuentes y pequeños tiroteos, sin presentar nunca franca lucha más que *yendo sobre seguro*, se hubiera tenido que combatir contra un enemigo decidido y animoso, que en caso de necesidad, hubiese arrostrado el todo por el todo, resuelto á romper aquella débil línea de fortificaciones, las más de ellas rudimentarias.

La trocha de Júcaro (de la que, como decimos, hemos hablado ya), contando con número suficiente de defensores y completas reservas colocadas en su centro (Ciego de Ávila), en los extremos (Júcaro y Morón) y en los campamentos y cuarteles defensivos, hubiera podido oponer serias dificultades para el paso, por sus condiciones especiales y por lo ventajoso del terreno en que se hallaba establecida. Con un ferrocarril tendido de extremo á extremo, ó mejor dicho, construída la trocha á lo largo de ese ferrocarril, ofrecía esta circunstancia grandes facilidades para el rápido transporte de fuerzas, material, municiones, de cuanto hiciera falta, en fin, de un punto á otro en escaso tiempo si necesario hubiera sido. Hechas las obras con arreglo á un plan preconcebido y de tiempo atrás madurado, estando dotada de cuantos elementos fueran necesarios para la mejor

consecución del fin, respondían aquéllas en cuanto era posible al que eran destinadas, y creemos firmemente, que si todos los servicios hubieran llegado á completarse definitivamente, y se hubiera dado á éstos toda la amplitud proyectada, el esmerado de vigilancia durante la noche hubiera extendido su zona de acción á algunos kilómetros durante el día, mediante fuertes destacamentos montados que con sus servicios de exploración y enlace facilitaran noticias de los movimientos del enemigo, los cuales, sabidos por el punto más próximo de la base, hubieran sido transmitidos con la anticipación debida al centro ó al punto necesario para la previsión de cualquier ataque, al mismo tiempo que en los poblados, campamentos, cuarteles defensivos, etcétera, se hubiera contado con fuerzas suficientes para acudir rápidamente al sitio necesario. Pero ni las obras se concluyeron en definitiva, ni las fuerzas se aumentaron, antes al contrario, se disminuyeron, y la trocha quedó en la forma que ya decíamos ó muy poco más adelantada.

No quiere decir todo esto que creyéramos en su absoluta eficacia una vez concluída, pues como hemos repetido, tenemos la opinión arraigada de que el sistema es en general contraproducente, no compensando al gran número de fuerzas y elementos de combate que distrae de las operaciones activas, su excesivo coste y lo penoso del servicio, que descorazona al soldado por su monotonía y porque no ve el resultado positivo, etc., etc.

La trocha de Mariel á Majana, además de los inconvenientes señalados, luchaba con la clase de terreno en que había de ser construída, del que una buena parte estaba formada por un puente de caballetes sobre una extensa ciénaga, que aparte las dificultades que ofreció para su construcción, era un constante peligro para la salud de la tropa, contínuamente atacada por el paludismo, de que era foco la ciénaga, y haciendo un penoso servicio, no sólo por la calidad y cantidad del mismo, sino por la plaga de todas las variedades de mosquitos que tanto abundan en los terrenos pantanosos y en las costas de la isla, de cuyas mortificantes picaduras sólo puede formarse idea el que haya tenido la desgracia de sufrirlas.

Tanto una como otra trocha, vinieron á demostrar en defini-

tiva dos extremos por demás agradables: el profundo saber de nuestros ingenieros militares, que cumpliendo como siempre con exceso sus deberes profesionales, construyeron obras que eran verdaderos milagros de ingeniería, y el celo y abnegación de nuestros soldados y oficiales de todas las armas, que prestaban el servicio con verdadero entusiasmo, sin que les arredraran el clima, las condiciones especiales del terreno, etc., etc. Buena prueba de lo primero fueron la inverosimil rapidez y perfección con que se construyó la trocha de Júcaro, con el sin fin de detalles complementarios, y el trozo de la de Mariel construído sobre el movible y fangoso terreno de la ciénaga, y de lo segundo, la puntualidad con que siempre y á todas horas se hizo el servicio, y el no ocurrir deserciones á pesar del exceso extraordinario de fatigas.

Llamábase la trocha de Mariel á Majana por ser estos los dos poblados extremos de ella; tenía una longitud total de 32 km. y su coste excedió de 200.000 pesos; es decir, que vinieron á resultar por muy cerca de *ocho mil pesos*, cada uno de aquellos 32 kilómetros de trocha, para cuya defensa se organizó una división al mando del Excmo. Sr. General D. Juan Arolas, que aceptó éste con verdadero entusiasmo, prometiéndose felices resultados del servicio que con tanto esmero se desempeñó por los *doce mil* hombres que aproximadamente componían dicha división al servicio de la trocha, y con no menor empeño vigilado, tanto por el mencionado general como por los jefes y oficiales á sus órdenes.

No sólo era la trocha un modelo en cuestión de servicio; lo era también en lo relativo á la higiene de la tropa. Comprendiendo que la aglomeración de fuerzas sobre un terreno, de suyo propenso al paludismo y otras enfermedades, podría acarrear quebrantos en la salud del soldado, que á su vez perjudicaran el servicio, se estableció un régimen tal de limpieza é higiene, que pudo ser contrarrestado con ventaja el efecto de las emanaciones del suelo.

El servicio se practicaba con todo esmero de uno á otro extremo de la trocha, y la proximidad entre los centinelas de los

diferentes puestos era tal, que podía correrse la voz de punta á punta. Todo esto hacía creer que nadie podría atravesar sin ser visto aquella línea militar perfectamente organizada y servida, pero como veremos, no era así; casi á diario cruzaban correos y comisiones de una á otra zona, manteniendo en constante comunicación á las grandes y pequeñas partidas de vanguardia y retaguardia.

Era el objeto de la trocha obligar al titulado general Maceo á permanecer encerrado en la provincia de Pinar del Río, sin permitirle el paso á la de la Habana, sin duda para poderlo batir con mayores probabilidades de éxito, cosa que tal vez hubiera resultado con mayores facilidades, si se hubiera contado con el suficiente número de fuerzas, para que, divididas en columnas, pudieran cruzarse al operar en todos sentidos dentro de aquella provincia, sin dejarle punto de reposo y pasándolo de unas á otras en la combinación de movimientos, en cuyo caso la trocha hubiera dado mejores resultados, no como medio de oposición, sino para contener por cierto espacio de tiempo á aquel enemigo, que siguiendo el plan general de guerra en el campo insurrecto, rehusaba el combate formal, pudiendo batirlo y molestarlo de contínuo por el constante movimiento de nuestras columnas, hasta que sus fuerzas se fueran debilitando por las presentaciones á indulto, las enfermedades y deserciones, y poderlo batir completamente, ó en otro caso, hasta procurar que á la desesperada, reuniera sus gentes é intentara el ataque de la trocha en cualquiera de sus puntos, procurando aniquilarlo al paso, ó de conseguir el franqueo de la línea (que seguramente lo dejaría debilitado por el gran número de bajas que forzosamente le costaría), sabiendo á punto fijo el número y estado de sus fuerzas y dirección de las mismas, perseguirlo con las columnas que por fuerza vendrían en su seguimiento, reforzadas con los elementos de la ya inútil trocha, y en combinación con los que operasen en la nueva zona. Pero no era así. En Pinar del Río sólo operaba un número escaso relativamente de fuerza, insuficiente para aniquilar las de Maceo, que se diseminaban por uno y otro lado, en tanto que la trocha ningún papel desempeñaba, pues no podía evitar la comunicación constante

de aquel cabecilla con las partidas del lado opuesto, ni su paso cuando le convino.

Componíase la trocha de tres trozos ó zonas consecutivos, que la formaban en total, á saber:

Primer trayecto. — Empezaba en Mariel y terminaba en Guanajay, con una extensión de unos 12 km.

La defensa principal de este trayecto era su suelo pantanoso entre Mariel y el ingenio *Cañas*. Tenía, además, como casi toda la trocha, y así como la de Júcaro, una alambrada de púas (ó espino de alambre), cruzada en todos sentidos; fortines hechos de troncos de palmera con parapeto de tierra y seis *blockaus*, de los cuales dos estaban avanzados en puntos convenientes.

Estaba el trayecto dotado de una batería de montaña y seis piezas, dos en el ingenio *Zayas* y el resto en puntos á propósito.

La fuerza de este trayecto la componían dos batallones del regimiento de María Cristina y dos escuadrones de Caballería.

Segundo trayecto.—Estaba defendido por una cerca de piedra y alambrada sencilla á vanguardia y retaguardia, fuertes y *blockaus*, construídos los primeros de piedra así como la cerca por la proximidad de las canteras. Abarcaba desde Guanajay hasta Artemisa, con unos 10 km. de desarrollo, y contaba con dos cañones de tiro rápido colocados en el *Pitirri* (finca-tienda) y otros dos más en el trayecto.

Tercer trayecto.—Abarcaba éste desde Artemisa hasta Majana, con una longitud de 10 km. Existían en este trayecto casetones de madera para alojamiento de las fuerzas, en el mejor espacio del trayecto, que era el de Artemisa al ingenio *Neptuno*, situado en el centro; desde este punto, era la trocha un puente de caballetes sobre la ciénaga de Majana.

Estaba defendido este tercer trozo por fuertes de uno y dos pisos, unidos por cerca de alambre á la americana, cruzada en varios sentidos, y cuatro baterías intermedias (1).

(1) Debemos estos datos á D. Fernando Gil de Avalle, ilustrado oficial de Infantería que prestó sus servicios en la trocha.

En la parte del mar ejercían una constante vigilancia de día y de noche cañoneras y lanchas de ronda.

Todo este aparato de fuerza, que cumplía sus deberes á conciencia, ejerciendo una escrupulosa vigilancia, tanto en tierra como en el mar, no pudo evitar que una *comisión* insurrecta, nombrada para estos efectos, hiciera *cincuenta y dos* viajes conduciendo correspondencia, ni que Maceo, acompañado de su titulado estado mayor y cuartel general, en número de *veintitres* hombres, atravesaran la bahía de Mariel en *cinco viajes*, aprovechando una noche tempestuosa (la del 5 de Diciembre de 1896).

Descríbese el paso de Maceo en un periódico cubano, en que se aboga por la erección de un monumento en el lugar donde desembarcó y otros extremos, entre ellos, el elevar poco menos que á reliquia histórica el botecillo en que verificó el paso en la forma siguiente:

«.....Desde mucho tiempo antes, la correspondencia insurrecta era conducida por los entonces al parecer pacíficos Marcos Pérez, Miguel Pérez y Cárlos Soto (todos tres marieleños), unas veces en embarcación del primero, otras en la de Miguel Llaneras, ó en la de Francisco Concepción, y otras, en fin, en la que la Providencia les deparaba. Pero más tarde, después que Soto pasó al campo y que la vigilancia española se extremó, se nombró á este fin una comisión de los cubanos en armas dirigida por el referido Soto y compuesta, además, de Gerardo y Américo Llaneras, hijos éstos de mi informante.

»Al efecto, recogieron el abandonado bote, y Soto, que es carpintero de ribera, le hizo algunas reparaciones con los escasos recursos de que dispusiera. Luego, á causa del fallecimiento del ya entonces alférez Américo Llaneras, fué ocupado su puesto por Eduardo Concepción, hijo del ya nombrado Francisco del mismo apellido. Dedicado á este servicio el referido bote, hizo 52 viajes al mando de Soto, burlando otras tantas veces al enemigo.

»El jefe de la comisión había recibido la orden de esperar al insigne Maceo el día 27 de Noviembre (día luctuoso) en «Caleta de la Caña», que se halla como á 2 km. á sotavento de la boca del puerto de Mariel, orden que no pudo cumplirse á causa del

mal tiempo; intentando hacerlo al día siguiente 28, en que además conducían en comisión de servicios al comandante (!) Ahumada, al teniente Torres y á otro del mismo grado cuyo nombre no he podido averiguar; no pudiendo atracar por la misma causa que el día anterior, y teniendo, por lo tanto, que regresar á Mosquitos, donde se hallaban los tenientes coroneles Sartorius y Baldomero Acosta, quienes con las fuerzas á su mando esperaban al general.

»Por los mismos inconvenientes no pudieron arribar al punto indicado, y la comisión que les esperaba dió la orden de que varasen el bote y pasara Soto al cuartel general, entonces en la «Gobernadora».

»Se dió cumplimiento á ella, quedando al cuidado de la embarcación Gerardo y Eduardo, dirigiéndose Soto con aquella comisión á la «Loma de Armenteros» donde pasaron la noche, excepto Ahumada, que continuó á la «Gobernadora».

»Al día siguiente, por la mañana, ocurrió en este lugar fuego con el enemigo, en el que fué herido Francisco Gómez, hijo del general en jefe, retirándose poco después Maceo á un bohío que se hallaba á un lado de la misma loma.

»Esto pasaba en el día 4 de Diciembre, y á las siete de esa misma noche, Soto, por orden del general, pasó á conferenciar con él mismo en el dicho bohío, enterándolo de todos los detalles referentes al *paso* y manifestándole que aquella noche era imposible verificarlo por el mal tiempo; á lo que el general contestó: que mucho lo sentía, porque en ese asunto no se podía perder tiempo; pero que si era imposible se conformaba.

»Allí permanecieron toda la noche, y al día siguiente volvieron al sitio donde habían tenido el fuego, y á las cuatro de la tarde, el general dió la voz de marcha.

»La noche del 4 fué en extremo lluviosa y obscura, y el general, al llegar al litoral y contemplar el mar embravecido, comprendió que era muy difícil, si no imposible, hacer el tránsito por el derrotero indicado, esto es, de «Caleta de la Caña» á «Mosquitos»; pero como Soto es muy conocedor de la bahía de Mariel, indicó un nuevo camino menos expuesto á las furias de los elementos, aunque mucho más á las del enemigo, y enterado

el general por Gerardo Llaneras de los puntos de embarque y desembarque, aceptó el nuevo plan.

»Miéntras tanto, el bote había sido sacado del lugar donde estaba escondido y tuvo luego que ser transportado á hombros desde «Caleta de la Caña» á la «Aguada» (playa dentro del puerto de Mariel, á 50 m. de una trinchera española y 100 del Lazareto (1)), siendo conducido por 14 individuos, uno de los cuales era el mismo Maceo que lo cargaba por la popa y tocándole al general Pedro Díaz llevar los remos y la jícara de achicar.

»Embarcaron en la «Aguada» y en línea recta se dirigieron al muelle de Gerardo (llamado así por ser propiedad del Gerardo Llaneras citado) en la boca del puerto, á distancia de 150 metros del Torreón, fuerte custodiado por 300 (?) españoles, y como á 70 m. de una avanzada de dicho Torreón, yendo en el primer viaje, además de Maceo, Pedro Díaz, Francisco Gómez, Charles Gordon, Nodarse, el jefe de la comisión Cárlos Soto y los dos tripulantes Gerardo Llaneras y Eduardo Concepción.

»*¡¡A las doce menos cuarto* de aquella noche, *Maceo había pasado la trocha!!*

»*¡Viva la marina!* fueron sus primeras palabras.

»Se rindieron cuatro viajes más, dirigidos por Llaneras, trasladando á Miró, Zertucha, Ahumada y otros hasta completar el número de 23; y desembarcando las tres primeras expediciones en el muelle ya citado, y la última en el de José González, digno asturiano (¡!), cuya memoria, pues ya murió, debemos respetar los cubanos.

»Ya todos en tierra, y cargado cada cual con su equipaje (incluso el general) . . . .
. . . .»

Siguen luego detalles de la marcha de Maceo, que preferimos copiar, á pesar de su extensión, del diario de operaciones del que se titulaba *Jefe de Estado Mayor del Lugarteniente General* D. José Miró

Dice así:

(1) Son pocos metros.

«EN EL CAMPAMENTO DE LA MERCED.

»Desde que pasamos la trocha militar del Mariel, el general sintióse indispuesto y perdió su habitual buen humor. Notábanse en él visibles señales de cansancio y abatimiento. Las fatigas que tuvo que soportar durante dicha operación y en los días anteriores, caminando muchas horas á pié por terrenos inundados de agua, exacerbaron sus padecimientos reumáticos ocasionándole también alguna depresión de ánimo. Le contrarió vivamente no hallar en el punto designado de antemano los caballos que se habían pedido al jefe de aquella zona, circunstancia que nos obligó á permanecer durante cuarenta y ocho horas en el campamento de *La Merced*, en una situación bastante comprometida, pues nos hallábamos á una legua escasa del Mariel, muy cerca de la costa, y no éramos por junto más que 25 hombres. Un ataque del enemigo hubiera sido de funestas consecuencias para nosotros. No lejos del campamento veíanse densas humaredas, indicio seguro de fuerzas españolas que allí, como en Pinar del Río devastaban el territorio por medio del incendio (1).

»El tiempo seguía borrascoso; la lluvia duró todo el día y parte de la noche. El general continuaba enfermo; fué necesario darle fricciones en las piernas para devolverle el calor á sus miembros entumecidos. Habiéndose calmado un poco sus dolores, me llamó para que conversáramos. Muy tristes pensamientos atormentarían su espíritu, cuando sólo hallaba complacencia en el relato confidencial de cosas íntimas y fenecidas. La figura vigorosa de su hermano José, muerto heróicamente en el campo de batalla ¡como Maceo al fin!; el recuerdo piadoso de otras tumbas queridas; su propia esposa, que él creía también muerta porque noches atrás había visto su imágen envuelta en fúnebre sudario, tales fueron las memorias que evocó, bajo el influjo sin

(1) Creemos inútil demostrar la falsedad de esta afirmación.

duda de una pasión deprimente. Yo procuraba distraerle trayendo á la conversación los sucesos del día, llamados seguramente á cambiar la faz de las cosas en breve plazo y á concluir con el prestigio de Weyler, cuyos planes podían considerarse fracasados por virtud de nuestro paso á través de sus inexpugnables líneas. «No tengo caballo — me dijo por toda contestación en tono muy triste, y agregó: —cuando le quité la montura al *Libertador* para cruzar la Trocha, sentí un dolor muy agudo.» Se acordaba el general de su caballo de batalla, magnífico alazán cogido (!) en Melena del Sur el día 3 de Enero, con el que había hecho toda la gloriosa campaña de Pinar del Río.

»Me habló también de los fieles soldados de su escolta que quedaron en el campamento de Bejarano, llenos de pesadumbre por nuestra separación. «Por eso yo — me dijo — quería romper la Trocha y pasarla á tiro limpio.»

»A la una de la madrugada el oficial de guardia anunció la visita del coronel Sartorio y teniente coronel Acosta, con los cuales conversó largo rato el general, apremiando al segundo para la más pronta remisión de los caballos.

»Amaneció el día 6 con señales de bonanza.

»El general se encontraba más aliviado de sus dolores reumáticos, aunque seguía displicente.

»Mandó, sin embargo, al Mariel por pan y chocolate, que repartió entre los allí reunidos. Tuvo el intento de hostilizar una columna enemiga que pasaba por las inmediaciones de nuestro campamento; pero desistió de ello al comunicarle los exploradores que el enemigo retrocedía para el Mariel.

»A las doce de la mañana emprendimos marcha hacia la provincia de la Habana, montados provisionalmente en los caballos que nos facilitó un oficial que estaba al cuidado del campamento.

»CAMINO DE LA HABANA.

»Con las precauciones necesarias, y guiados por el teniente Vázquez, tomamos la dirección de Banes, pueblo guarnecido por un destacamento español. Aquellos lugares nos eran ya co-

nocidos por haberlos cruzado por primera vez en la campaña de invasión. Por el camino encontramos los caballos que conducían algunos indivíduos de las fuerzas del teniente coronel Acosta. La casualidad poco después nos deparó una agradable sorpresa: la presencia allí de una distinguida familia cubana, que iba de paseo en un carruaje. El general estuvo muy amable con dicha familia. La señora de Lacoste, elegante dama habanera, le pidió alguna prenda de las que llevaba encima al pasar la Trocha, como testimonio fehaciente de tan memorable episodio. El general puso en manos de la citada dama una joya en forma de estrella adornada de un brillante, regalo de otra persona que él apreciaba en mucho. La señora, muy complacida, dijo sonriente al general: Yo le enviaré á usted otra estrella, tan hermosa por lo menos como esta.

»Al partir aquella familia nosotros proseguimos la marcha. Pernoctamos á cosa de las once de la noche en una colonia del ingenio Baracoa, límite de la provincia de Pinar del Río. A las tres de la madrugada del siguiente día nos dirigimos hacia el lugar donde debían estar reunidas las fuerzas que operaban sobre la línea del Oeste, al mando del brigadier en comisión Silverio Sánchez. De noche aún atravesamos la calzada de Hoyo Colorado á Marianao. Al amanecer nos desmontamos un rato en una finca situada á un tiro de fusil de la mencionada carretera, para adquirir algunos informes acerca de las columnas españolas que por allí operaban, é indagar á la vez si circulaba algún rumor respecto á nuestra presencia en la provincia de la Habana: nada absolutamente se sabía por aquellos contornos de nuestro paso por la Trocha. Proseguimos la marcha hacia el campamento de San Pedro, donde se hallaban las fuerzas del brigadier Sánchez esperándonos. El recibimiento fué entusiasta: el general fué aclamado frenéticamente. Por junto entre aquellas fuerzas y las recien llegadas, formaban un contingente de 250 hombres de caballería. Eran las nueve de la mañana cuando el general se apeó del caballo: se dió orden de acampar.

»ÚLTIMO DÍA DEL GENERAL.

»Después de despachar algunos asuntos urgentes, el general tendió su hamaca y se recostó, mandando colocar sus zapatos y botas de montar junto á la candela para que se secaran. Entre tanto yo adquirí algunos informes con los jefes y oficiales de aquellas fuerzas, y no me causaron muy grata impresión los suministrados por éstos respecto á la actitud que solía por allí tomar el enemigo. Tampoco me gustó el campamento. No lo hallaba á propósito para que pudiese maniobrar la caballería: el terreno estaba cubierto de malezas y obstruído á trechos por algunas cercas de piedras. Me relataron que dos días antes los españoles habían iniciado el combate arrollando un cuerpo de guardia. Hube, pues, de manifestarle al general lo que me habían comunicado aquellos oficiales. El general llamó entonces á mis informantes conferenciando con ellos sobre el particular indicado; pero como al mismo tiempo, el comandante Andrés Hernández, encargado ese día del servicio de exploración, trajo la noticia de que por aquellos contornos no había novedad, pues una columna que había salido de Hoyo Colorado se encaminaba manifiestamente hacia Punta Brava, el general despidió á los informantes y me dijo, al quedarse á solas conmigo: «organice usted el servicio para mañana.» Llamé al secretario del despacho para que pidiera al brigadier Sánchez una relación nominal de los jefes y oficiales allí presentes, y yo mismo fuí al pabellón del expresado brigadier para que se hiciera con urgencia. El general, como siguiendo el curso de una conversación un momento interrumpida, pronunció estas palabras: Nada, si hoy no llega Aguirre, esta noche daremos un escándalo.—¿Dónde será ello? —le pregunté—En Marianao—contestóme.

»Entonces recobró su buen humor. Yo me senté al pié de su hamaca y estuvimos hablando largo rato sobre asuntos relacionados con la guerra y los sucesos de actualidad. Entre otras cosas, me dijo: Cuando lleguemos á Matanzas partirá usted para el Camagüey con el hijo del general Gómez. Me temo que á este muchacho (refiriéndose al hijo del general en jefe) le pe-

guen un balazo el mejor día; ya le han tocado y él es belicoso.

»—Pero yo no quisiera—le repliqué—separarme de usted un solo momento.—A lo que contestó:—Cuando usted parta yo iré cerca de usted. Además, deseo que vea usted á su familia, á la que ofrecí formalmente que estaríamos de regreso á los seis meses, y que me arregle usted todas aquellas cosas..... pues usted sabe cuál es mi modo de pensar en todos los asuntos que afectan á Cuba. Mañana partirá el general Díaz para las Villas; lo necesito allá, pues quiero que se muevan las fuerzas del Departamento para hacernos sentir en todas partes.

»Llamó al brigadier Díaz para comunicarle el proyecto que tenía y determinar con él, sobre el mapa, la zona de operaciones de la primera División del cuarto Cuerpo, para cuyo mando lo destinaba. Y los tres seguimos conversando sobre varios asuntos hasta que sirvieron el almuerzo. Terminado éste, firmó una comunicación dirigida al general Aguirre para que se incorporára sin pérdida de momentos, y otra para el general Lacret, ordenándole que con todas las fuerzas de su división se situara en los límites de la provincia de la Habana: estas fueron las últimas disposiciones que firmó el general Maceo.

»Yo sentía fuerte dolor de cabeza, y comprendiéndolo el general, me dijo, con acento cariñoso: «¡Pobre Miró! es que aún no ha tomado café; vamos, que Benito haga para los tres.» Mientras el cocinero preparaba los utensilios, bromeó conmigo acerca del abuso que yo hacía del café, colocándome al nivel de los generales Lacret y Ríus Rivera, los dos hombres que más café tomaban. Recordó un caso en que Ríus se había tomado treinta y dos tazas consecutivas, y que Lacret llegaba al extremo de beberlo frío y sin endulzarlo.

»Estaba lo más locuaz y festivo ¡cuán cerca tenía la muerte!.

»Sirvieron el café, que dió motivo á nuevas chanzas del general. Después me invitó á que leyera unas páginas de la *Campaña Invasora*, obra escrita por mí en el mismo teatro de la guerra. Empecé la lectura por el capítulo último—que trata de Martínez Campos y es á la vez resumen de la campaña—cuando al llegar á cierta página que él conocía, interrumpióme para decir á los circunstantes:

»—Miró se despacha aquí á su gusto y por eso no le permito que publique el libro mientras dure la guerra, pues me descubre el plan de campaña empleado contra Martínez Campos y de ello se aprovecharían Weyler y los enemigos personales de mi *compadre Martinete* (1). En esto sonaron algunos tiros, seguidos de fuertes descargas. ¡Fuego! ¡el enemigo! vocearon algunos y corrimos prestos á coger los caballos. El general ordenó le trajeran el suyo, y al mismo tiempo se tiró de la hamaca; pero como tenía las botas de montar y los zapatos junto á la candela, me rogó le trajera estas prendas. Ayudéle á ponerse las espuelas, diciéndole entretanto: El enemigo ha rebasado la guardia; las descargas suenan muy cerca.

»Los proyectiles silbaban en torno nuestro.

»EL COMBATE.—CÓMO OCURRIÓ LA CATÁSTROFE.

»Una vez montados á caballo, yo me puse, como siempre, al lado del general. Desenvainamos los machetes. El fuego de los españoles era en extremo violento. El general estaba muy enardecido; empujaba los jinetes sobre el enemigo con el pecho de su caballo. Al galope recorrimos el campo de batalla en distintas direcciones. Algunos de los nuestros habían ya repelido por el flanco izquierdo el primer ataque de la caballería española. El enemigo, sorprendido ante aquella brusca acometida, que sin duda no esperaba, hizo un movimiento de retroceso, replegándose detrás de una cerca.

»El campamento, según se ha dicho en otro lugar, estaba situado en la finca nombrada *San Pedro*, perteneciente á Punta Brava, y tenía hacia el Norte dos grandes cercas de piedras que formaban dos líneas casi paralelas, extendidas de Este á Oeste. Además, una cerca de alambres, otra de mayas, y maleza por doquier.

»El general, con su Estado Mayor, había acampado en un palmar que estaba sobre la derecha del campamento. El enemi-

(1) Así llamaba Maceo en broma á Martínez Campos, según el original.

go atacó la guardia que vigilaba el camino del Noroeste, obligándola á replegarse. Entonces el general lanzó sobre la vanguardia española algunos jinetes que acuchillaron á unos cuantos soldados que intentaban avanzar por el flanco izquierdo; pero entre tanto la infantería enemiga corríase por detrás de la primera cerca, ocupándola hasta el frente del palmar. El general, viendo que el enemigo se mantenía á la defensiva, dió órdenes para un ataque simultáneo, dirigiéndose con el Estado Mayor hacia el palmar para observar mejor los movimientos de la columna, en atención á que por dicho punto el fuego arreciaba. Tan pronto disminuyeron los disparos del enemigo por este lado, el general, que según queda dicho, estaba muy enardecido, volvió rápido sobre el extremo opuesto, con el intento sin duda de dar una carga al machete; y penetrando por entre las dos cercas mencionadas, aproximóse á la que servía de trinchera al enemigo, unos 60 m. Su punto de mira era en aquel momento la extremidad de dicha cerca, por donde asomaban algunos grupos enemigos. Allí estaban también, sosteniendo la refriega desde los primeros momentos del combate, el coronel Sánchez y los tenientes coroneles Acosta, Delgado y Rodríguez con un grupo de jinetes. Hacia allá íbamos nosotros á galope, yo al lado del general, con los ayudantes Nodarse, Justiz, Souvanel y Gómez. A unos diez pasos de distancia nos precedía el general Díaz con otro grupo de jinetes, entre los que recuerdo haber visto al coronel Gordon y comandante Ahumada y Peñalver que con nosotros habían pasado la Trocha; al comandante Piedra le habían matado el caballo en aquellos momentos al trasmitir una orden.

»El fuego continuaba vivo y nutrido. Se veía perfectamente la infantería española apoyando sus fusiles sobre la cerca, y muchos de caballería, desmontados. El general, persistiendo en su intento de dar una carga decisiva, ordenó entonces á Díaz, por medio del ayudante Alfredo Justiz, que *empujara la gente por la izquierda* (textual), y apoyándose ligeramente en mi brazo para decirme: ¡esto va bien! desplomóse del caballo. Una bala le había penetrado por encima del maxilar superior y otra le atravesó el vientre ¡estaba muerto!

»Grité al general Díaz para que retrocediera; éste no me

oyó á causa del estruendo del combate. En esta situación, y comprendiendo que los que estábamos allí no éramos suficientes para cargar el cuerpo del general, ordené al ayudante Justiz que avisara á Díaz, pero al ir á cumplimentar mi orden una bala hirióle mortalmente. Acudieron simultáneamente el coronel Nodarse, el capitán Souvanell y teniente Gómez: el primero y el último fueron heridos casi al mismo tiempo mientras hacían esfuerzos gigantescos para arrastrar el cadáver del general. Yo me sentí también herido y con el caballo casi inútil por cuatro balazos. Un individuo que sostuvo el cuerpo del general al desplomarse del caballo, y que después he sabido era un comandante llamado Sánchez, recibió una herida en la pierna; no obstante pudo llevarse el caballo del general, que tenía tres balazos. Otro individuo, cuyo nombre no he podido indagar, que pasaba por allí, en aquellos momentos de suprema angustia, fué herido en el cuello y el caballo que montaba cayó muerto sobre la cabeza del general. Ileso no quedaba más que el ayudante Souvanell. Indudablemente el enemigo afinaba la puntería sobre nuestro grupo, comprendiendo tal vez que allí se desarrollaba algo tremendo y desesperante. Los soldados españoles no se movieron, sin embargo, de sus parapetos mientras quedó en pié el último de nosotros. Viendo que era imposible cargar el cadáver del general, pues no había auxilio en torno de mí, me lancé en busca de gente. Atravesé la línea de fuego, sin oir absolutamente nada, dado el estado de mi ánimo. A unos 500 metros del lugar acerté á divisar á los tenientes coroneles Delgado y Acosta con un corto número de jinetes, que se retiraban del combate. Les dí cuenta del fatal acontecimiento, diciéndoles: ¡el cadáver del general Maceo está entre los soldados españoles! La impresión fué terrible, espasmódica. Mientras concertábamos el ataque para poder rescatar el cadáver de manos de los españoles, llegó el general Díaz á quien participé el horrendo suceso, y poco después á los coroneles Sánchez y Sartorio y teniente coronel Rodríguez, quienes tenían ya noticias, aunque no concretas, del desastre ocurrido. Aquel pequeño grupo (no pasaba de veinte hombres) avanzó resueltamente hacia el sitio donde había quedado el cadáver del general; pero

un compacto pelotón de soldados, desde sus parapetos, hizo nutrido fuego, causándonos dos muertos y un herido. No era cosa de lanzarse sin orden ni concierto; dominó la serenidad, tan necesaria en aquellos momentos, y comprendiendo que hacían falta más refuerzos, el coronel Sánchez mandó á uno de sus ayudantes en busca de ellos, quedando nosotros junto á una cerca de piedras. Tardaban los refuerzos en llegar, por lo que él mismo coronel Sánchez, partió á dicho objeto, por indicación del general Díaz. Dominados por la impaciencia salimos otros pocos en pos del coronel Sánchez, á quien encontramos con unos treinta hombres que había podido reunir y fuimos flanqueando por la derecha, con el propósito de penetrar por este lado al lugar donde había caido el general. Ya no se oían tiros. Todo indicaba que la columna española emprendía retirada y que no llevaba consigo el cadáver de Maceo, pues de no ser así el vocerío de la tropa, al apoderarse de tan valioso trofeo, hubiera atronado los espacios. El cadáver del general y el de su ayudante Gómez, fueron hallados al fin por el grupo que quedó junto á la cerca de piñón, al mando del teniente coronel Delgado, y en el mismo sitio en que cayeran bajo el plomo enemigo.

»Nuestras bajas en el combate fueron seis muertos y treinta y tres heridos: entre éstos, además del jefe de Estado Mayor, el coronel Nodarse y el comandante Justiz, ya mencionados, y el coronel Gordon y el comandante Ahumada de los que con el general habían pasado la Trocha. Entre los jefes y oficiales de las demás fuerzas, los tenientes coroneles Delgado y Acosta y comandante Cerviño y Sánchez. Siento no poder estampar los nombres de los restantes por no habérseme facilitado por la Sanidad la relación correspondiente.

»Como en sucesos tan transcendentales cada cual los cuenta á su modo, unos para adjudicarse toda la gloria de la jornada, otros para elevarse ilegítimamente, esto es, con los laureles ajenos, cumple á mi deber hacer constar aquí que cuantos tomaron parte en la acción pelearon con denuedo y bizarría y que mayores esfuerzos no pudieron realizarse, ya durante el combate, ya en el empeño posterior de rescatar el cadáver de nuestro insigne caudillo. No creo, sin embargo, que nadie intente aco-

meter usurpaciones de la índole indicada, explotando en provecho propio un acontecimiento que habría de figurar entre los fastos más memorables de la guerra.

»Hago constar asimismo, que al lado del general Maceo, cuando éste cayó derribado del caballo, no se hallaban otras personas que las que he mencionado en el relato precedente. Si algunos más pretendiesen—guiados no sé por qué móvil—haber estado allí, demostrarían con ello, ó que no habían puesto de su parte todos los medios para alejar de aquel sitio el cuerpo exánime de nuestro jefe, ó que no ocupaban el lugar que se les había señalado.

»DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE.

»El cadáver del general presentaba dos heridas de bala, y otras dos el del ayudante Gómez. Aprovechando seguramente el tiempo que yo tardé en ir á buscar refuerzos, algunos guerrilleros enemigos se aproximaron á los cadáveres, despojándolos de varias prendas, pues no se encontraron el revolver, los gemelos de campaña y las botas del general; pero respetaron su cuerpo, caliente todavía. Parece que, aún muerto, les infundió espanto.

»Los dos cadáveres fueron conducidos á un montecito cercano, donde antes se alzaba un edificio, ahora en ruinas. Era ya de noche. Al ver aquel coloso derribado; aquella naturaleza, poco ha tan vigorosa, insensible, apagada para siempre; al convencerme de que aquel horrendo drama no era una ilusión de mis sentidos, sino tremenda realidad, prorrumpí en amargo llanto, mezclándose mis lágrimas con las de mis compañeros que habían sobrevivido á la catástrofe. Junto á los cadáveres lanzaba dolorosos lamentos el secretario del despacho, comandante Alfredo Justiz. ¡Aquello partía el alma! Algunas velas encendidas alumbraban siniestramente el fúnebre cuadro. El cielo estaría sereno; pero yo lo veía cubierto de densos crespones, y en su centro, sombría y dolorosa, la imágen de Cuba con el dogal al cuello.

»El general Díaz recobró la serenidad para recordarme que teníamos aún altos deberes que cumplir; que el abatimiento, aunque fruto natural del dolor, podía ser causa de otros males que debían evitarse.

»Acordamos entonces transportar los cadáveres á otro lugar para darles sepultura en sitio seguro que no pudiese ser profanado por el enemigo, y partir después nosotros hacia Oriente para dar cuenta al general en jefe y al gobierno de la República de tan luctuoso acontecimiento, que había de herir doblèmente al primero en sus sentimientos de padre y de patriota. Recogí el archivo, las cartas particulares del general, varias prendas del mismo, el caballo que había montado durante la acción, y como á las diez de la noche emprendimos la marcha. Esta fué silenciosa y triste. Con las precauciones necesarias, á fin de defender tan sagrado depósito en caso de algún ataque de los españoles, atravesamos lugares bastante peligrosos, sobre todo tres líneas férreas que hubimos de cruzar indispensablemente. Toda la noche la pasamos caminando.

»Al amanecer del día 8, oyendo las salvas de las fortalezas de la Habana (1), dimos sepultura al cadáver del general Maceo, juntamente con el de aquel heróico jóven que había caído á su lado. Al abrigo del bosque impenetrable, descansan en una misma fosa, sin otra pompa fúnebre que el follaje siempre verde de una esbelta palma.

»Al dar el último adios á aquel cadáver querido no comprendía la razón de mi existencia; todo lo veía otra vez negro y horrible y seguía asaltándome el fantasma de la noche anterior, siempre con el dogal al cuello. Cuba esclavizada en medio de un lago de sangre; la iniquidad triunfante, y el porvenir cubierto de sombras.

»LA MUERTE DEL GENERAL.

»A menos que no se explique por la frase corriente de que había llegado *su última hora*, he de consignar que la muerte

(1) Por la patrona del Arma de Infantería la Purísima Concepción.

del general Maceo fué consecuencia lógica de su valor temerario. Claro está que si adopta más precauciones personales, situándose á alguna distancia de las líneas enemigas, no era probable que las balas hubiesen llegado hasta allí para herirlo mortalmente; pero dado su temperamento belicoso, que lo impelía siempre á ser el primero en el combate, olvidándose de sí mismo para acudir en auxilio de los demás, no era posible que se contuviera en esta ocasión, ganoso como estaba de patentizar su presencia en la Habana con un hecho de armas que alcanzara resonancia.

Verdad es que lo ocurrido en la acción de Punta Brava pudo haber resultado en otras muchas ocasiones, en que el general afrontó peligros más inminentes, abalanzándose aún más sobre el enemigo. Citaré únicamente, en corroboración de este aserto, la acción sostenida el día 3 de Diciembre en la loma «La Gobernadora», en que disparó su revólver á sesenta pasos de distancia de los españoles.

»Volviendo ahora sobre el suceso para darle explicación lógica, bastará recordar que el grupo que acompañaba al general se destacaba más que otro cualquiera por hallarse más próximo del enemigo, á cuyo encuentro iba. Lógico, pues, y natural era que, situado el enemigo detrás de un parapeto, apoyando sus fusiles sobre éste, pudiese afinar la puntería, acribillándonos á balazos. Por el recuento que hice después, 36 fueron los proyectiles que hicieron blanco en aquel grupo.

»Si el general no cae allí, caemos todos un poco más allá, al mezclarnos con los soldados enemigos, los que, según he referido en otro lugar, estaban apiñados haciendo fuego. Además, el general montaba un caballo de bastante alzada; él iba vestido de blanco, con el ala del sombrero echada hacia atrás, y su arrogante figura se destacaba perfectamente. Que aquel era el jefe de las fuerzas insurrectas debieron de comprenderlo los españoles por su aire y actitudes, y si no lo comprendieron, las descargas de sus fusiles fueron simple obra del hábito de disciplina.

»Que el general presintió dos días antes el fin de su vida, reflejado está en la conversación íntima y triste que sostuvo

conmigo en el campamento de *La Merced*, cuyas notas quedan ya consignadas en este relato. Tales presentimientos se disiparon de su espíritu en la mañana del combate, evidenciándolo así la locuacidad y el buen humor de que dió muestra durante algunas horas. No puedo precisar si al dar comienzo la acción volvieron aquéllos á asaltarle. Su enardecimiento era mucho; ansiaba acuchillar al enemigo; sus órdenes eran concisas, proferidas nerviosamente. Contra su costumbre, gritó al principio de la refriega para que el corneta tocara *á degüello*. Al comandante Peñalver le dijo con acento imperioso que encendiera un tabaco. Extrañándome esa orden—porque para él era un vicio repugnante el fumar,—hube de preguntarle el motivo de aquella que yo consideraba rareza incomprensible. Y contestóme desabridamente:—¡Para una bomba, Miró, para una bomba!

»Si la imagen de la muerte surgió en aquellos momentos del fondo de su espíritu, aprestóse el general á afrontarla para caer gloriosamente envuelto en el humo de la batalla, como él deseaba, y habían caído, uno tras otro, todos los Maceos.»

. . . .

. . . .

Estas notas del diario de operaciones se insertaron en *La Discusión*, de la Habana, número del 8 de Diciembre de 1899, dedicado á Maceo, y en cuyo número aparecen fotografías de éste, sus ayudantes y otros; planos y dibujos del lugar de la muerte; bote en que verificó el paso de la trocha, etc., etc. Los copiamos íntegros, según hemos dicho, así como el anterior trozo de artículo, á pesar de sus inexactitudes y de su parcialidad manifiestas, sobre todo en lo referente á la muerte de Maceo y recogida del cadáver, por la curiosidad de los datos que encierran.

Por nuestra parte, creemos que nada hay que añadir para demostrar la ineficacia, en general, del sistema de trochas, en el que se desaprovecha gran cantidad de energías, de fuerzas y de dinero y tiempo. En la de Mariel, lo repetimos, se hizo el servicio con todo el esmero y puntualidad posibles, llevados hasta la exageración, y, sin embargo, sin el encuentro providencial de la columna Cirujeda con las fuerzas de Maceo; sin el

desbarajuste que en éstas se originó por no esperar el ataque, el paso de la trocha por este cabecilla hubiera permanecido ignorado por el pronto, y también hubiera realizado su propósito de presentarse en las cercanías de la Habana. Claro está que hubiera conseguido sólo un efecto teatral, pero deplorable al fin para la opinión.

